



—Instituto Nacional Indigenista
“el juego es una labor primordial”

mentos si con eso se divierte. Las vacaciones —como los domingos— deberían ser para la cultura general —conocer el país, la gente, la literatura— en sus aspectos lúdicos, de juego.

El horario de los días de trabajo oficial tiene un contenido muy irregular. Para un profesor es mucho más difícil, por su simple experiencia, decir cómo “llenar” el día sus alumnos que decir cómo distribuyen su tiempo en el año. En este terreno se hace mucho más necesaria la encuesta o la autognosis. Sin embargo, en términos generales, se puede decir que el estudiante padece esa misma necesidad “compensatoria” de que hablaba Mannheim al referirse a los burócratas. El burócrata, que no entiende el sentido de su trabajo o lo entiende de un modo muy superficial, compensa sus esfuerzos ininteligibles para él con actos también ininteligibles pero que lo satisfacen, “como sentarse sin sentido por ahí o irse a las cantinas a embriagar”. El contenido del problema varía en el estudiante, pero el fenómeno es igual. Cuando un estudiante asiste a clases por obligación y sin comprender claramente el sentido de sus esfuerzos a la hora de trabajar, saliendo de clases busca huir de ese sinsentido y se divierte como fugado de la prisión. Si tiene coraje ni siquiera va a clases o hace que se prolonguen las vacaciones. Como el trabajo escolar no tiene sentido para él, lo niega mediante el ocio que sólo ve como una ausencia de trabajo; pero sin llenarlo de sentido o sin cobrar conciencia del sentido que tiene. El día para este tipo de estudiante es una forma de tensión entre un trabajo que no entiende y un ocio que no dirige él: el ocio que le ofrecen los cines de las once de la mañana, las sinfonías del café, los “fútbolitos”, y tantos otros aparatos e instituciones de ocio que comercian con este sinsentido que tiene el día para el estudiante. La compensación se hace todavía más necesaria en cuanto el estudiante siente que está librando una batalla contra sus deberes escolares y morales. La cantidad de esfuerzo que gastan los estudiantes para no ir a clases o no estudiar, los agota todavía más y los lleva a buscar ese ocio vacío que llena la película o el tablero eléctrico de fútbol. La actitud cínica o burlona frente a las reprensas de los padres o los profesores que los riñen porque no trabajan, es otra forma de compensación del estudiante. No se puede en vano desplegar una ener-

gía constante. La forma enérgica y disparatada en que se libra la lucha contra la escuela exige un verdadero descanso de la mente, y este descanso se obtiene mediante la adaptación de la percepción y el comportamiento, que conduce al “gracioso” cinismo, a esa inteligencia llena de malicia que caracteriza al vago. En estas condiciones el día no tiene el sentido que el estudiante quiere darle. El estudiante padece el día aunque él no lo sepa. Cree que él quiere ser vago y que él dirige su vagancia. ¡Ojalá! La verdad es que padece la vagancia por no haber encontrado el sentido del trabajo ni el sentido del ocio, el de la especialización y el de la cultura general, desde los deportes hasta las lecturas. Por eso, como medida propedéutica, el estudiante debería empezar por hacer un horario, recogiendo —por ejemplo— la historia de la semana pasada. Ya con el horario podría planear su próxima semana de vagancia, o las que sigan. Este primer intento de hacer racional el tiempo seguramente lo conduciría a llenarlo de un contenido cada vez más rico, distribuyendo su año, su semana, sus días, en horas de estudio y horas de juego, en días de trabajo y días de asueto.

Para el profesor y el alumno dar sentido al trabajo y al juego es una labor primordial. Ninguna otra puede ser más útil en el desarrollo de la enseñanza. Sin embargo, este problema se aborda en la escuela, generalmente, a partir del trabajo; pero es necesario reconocer la importancia que en el terreno psicológico



—David Seymour
“la organización del ocio”

se ha dado ya al juego. Estudiar el problema del juego como un problema de cultura general, es tan importante por las razones pedagógicas señaladas como por las que presenta un mundo que ni puede ni deber acabar con la especialización y el especialista, y que por otra parte no puede ignorar que la enseñanza no sólo debe conducir a formar especialistas sino ciudadanos, hombres que sepan luchar en los terrenos que les interesan como ciudadanos, y que les divierten física y estéticamente. El juego sigue siendo en el siglo xx un camino hacia la cultura general.

SOCIOLOGIA DEL JARDIN

Por Carlos VALDES

UN LETRERO advierte: gracias a un ingenioso sistema de bombeo el agua de la fuente no se desperdicia. Anuncio inútil. La belleza nunca es un despilfarro. La fuente, permanencia y fluidez eternas, define sin palabras el arte.



—Ricardo Salazar
“un prado que ofrece inmunidad diplomática”

El pensador de Rodin contempla el domingo. Las estatuas del jardín son una lección objetiva de tranquilidad, equilibrio y armonía: convidados de piedra que ahuyentan a los profanadores del silencio. El silencio es tan elocuente como el canto del ruiseñor.

La banda de música ejecuta aires antiguos, consagrados por el uso como remedio contra el mal gusto de la moda. La gente se congrega al rededor del quiosco. En los intermedios se dispersa por los senderillos, busca las pequeñas américas del aburrimiento.

Hay gente de todas edades: niños, viejos, y representantes de los años indefinidos que no acaban por consolidar su otoño.

Hay gente de todos los oficios. El jardín es tierra de nadie. La policía no pide documentación en regla ni a los que minan los sótanos del Ministerio del Trabajo, y están seguros hasta los disolutos que sueñan con la inmortalidad del cangrejo. Aquí cualquiera puede olvidar por un rato los estigmas del nacimiento, hasta el indeseable desterrado de un continente perdido.

El asiduo a los toros concurre al espectáculo con ánimo feroz, descarga sus instintos reprimidos; el aficionado al cine sueña despierto, enfermedad de los civilizados; el *sportman* busca en Africa las posibilidades extremas de la vida y la muerte; el que se detiene ante una máquina que remueve toneladas de material, es un adicto al ocio no especializado.

Pero el que asiste al jardín, especie de filósofo ambulante que va de una escuela a otra, es un espectador que nunca participa en el espectáculo de la vida. Entra y sale del escenario sin ganar pena ni gloria, se confunde con el decorado y acepta las leyes bidimensionales. En sus ojos hay no sé qué de melancólico y per-runo: visión de paisajes remotos y filetes inalcanzables. Su dogma único es no quebrar el silencio de las cosas.

El jardín no se entrega, como la mujer incauta, al primero que pasa. Se requiere un largo ejercicio del espíritu para llegar a catador de sus encantos. Las reglas de esta masonería son arduas. En una palabra: el hombre del jardín nace, no se hace. Pero no hay que olvidar: el genio es el trabajo. Y, en este caso, fruto de ocios abrumadores.

¿Qué fuerza misteriosa reúne en torno de una banda de antiguas maderas y antiquísimos metales a esos retrógrados que se atreven a proclamar el descanso como un derecho y un arte?

Han llegado por diversos caminos.

El camino del jardín es el mismo que conduce a la sala de espera del psiquiatra, al prostíbulo de barrio, a las noches de plenilunio. Pero la pobreza es el camino más amplio y seguro.

En primer término está el burócrata. Aunque es el ejemplar más numeroso es el menos interesante. Sólo posee dos trajes: el cotidiano y el dominguero, y dos caras para conjugar con el color de los días. Ha traído una apariencia despreocupada, apta para meditaciones trascendentes. Baila al compás de la música que tocan. En el fondo se aburre: hay algo falso y caduco en las arrugas de su sonrisa fácil. La música de la banda es triste: parece evocar infinitas mercancías fuera del alcance del bolsillo.

Es cierto que la poesía no sólo se nutre de alimentos románticos, sino también de automóviles lujosos, platillos de restaurante caro, caricias robadas en el camión. *Menú* variadísimo que llenaría de caos al criterio más amplio.

El burgués no resulta despreciable por su concepto hedonista de la poesía, sino por su mimetismo incurable que lo vuelve un mal sujeto de observación.

El jardín es interesante gracias a esos onanistas del placer incontestable: la soledad. Orgullosos de su vicio secreto no se deciden a dejarlo totalmente en la sombra, toman el jardín como escaparate para exhibirse en un coqueteo de medio tono con la masa.

El jardín es el paño de lágrimas de la virginidad y la viudez.

Aquella mujer no es viuda por el color de su vestido. Hoy el luto es un talismán ineficaz contra las asperezas del mundo. Se protege con dibujos atrevidos y colores claros: floraciones mundanas que pasan inadvertidas en el otoño de la mujer. Se reconoce su viudez en la mirada de asombro que arroja sobre las parejas. Cuando la acompaña un hijo, el niño tiene la misma expresión próxima al llanto.

El paseo de la viuda es triste y presuroso. No halla sosiego dentro ni fuera de casa. A veces su habitación adquiere proporciones infinitas, contiene desiertos y ciudades, otras se reduce hasta caber dentro de una cáscara de nuez. No importa que mude los muebles de sitio, que malbarate la ropa del difunto, que ponga flores encarnadas en los jarrones. De

todas maneras sentirá una soledad abrumadora: falta la presencia tierna y brutal del hombre.

Las viudas alegres se marchitan en el jardín: incapaces de incorporarse al paisaje sucumben, como un periódico con fecha atrasada.

La ciudad obtiene el rango de metrópoli cuando en sus calles y jardines comienzan a desfilar criaturas extrañas: personajes de un drama de locura y soledad.

Se les reconoce por su paso desarticulado, como si les faltara aceite en las coyunturas, habitantes de un país de ventarrones. Por su aspecto estrambótico y miserable constituyen la poesía naturalista de la gran ciudad. Nadie les niega una mirada de lástima y extrañeza; pero en el fondo se les teme. Algo les confiere un derecho divino. Parecen dispuestos a compartir nuestro lecho, nuestro pan y nuestras mujeres. Los desposeídos pueden desposeernos. Si no lo hacen es porque tal vez presienten la nauseabunda carga que pesa sobre el propietario.

Toda ciudad ama sus arrabales y sus parias. Pasan casi inadvertidos. Se apiñan con poderosa voluntad de anonimato y gran conciencia del valor del espacio.

Si un incendio gigantesco los obligara a dejar simultáneamente sus madrigueras se desbordarían por las llanuras y cubrirían los montes. Tal vez, como una naranja invadida de hormigas, el mundo entero no sería capaz de contenerlos, y las autoridades deberían promover emigraciones a otros planetas.

Hay jardincillos públicos tan olvidados que no los encuentran ni los perros callejeros.

A veces de la soledad surge un profeta. Indiferente al escarnio emite palabras terribles y admonitorias. Luego desaparece ante los ojos incrédulos. Nadie lo vuelve a ver jamás.

El desprecio del público por este advenedizo no se debe a su inelegancia, algunos bohemios astrosos han conquistado los salones, sino a su modo craso



—Ricardo Salazar
"la poesía naturalista de la gran ciudad"



—Alfred Eisenstaedt
"los funerales de la ilusión"



—Ricardo Salazar
"fruto de ocios abrumadores"

de proferir verdades. La verdad desnuda es perogrullada: a nadie impresiona el hecho de mirarse en un espejo. Si el profeta afirma que la muerte labora en los



"en el jardín se cometen crímenes atroces"

—Herbert List

espejos causará risas en lugar de inquietudes.

Por fortuna estos casos extremos de charlatanería son muy raros. La mayor parte prefiere una banca de piedra para contemplar a las hermosas mujeres que nunca se acostarán en su lecho. Filosofía de la resignación y el desencanto: los frutos mejores de la tierra no cuestan nada. Las mujeres son despreciables por difíciles. El gran secreto de la impasibilidad: todo puede ser poseído con la imaginación.

A veces los árboles del jardín parecen cruces en espera de ladrones: es que el solitario sueña con la justicia. La justicia humana sólo conoce un castigo y un premio: la soledad.

Los enamorados son grandes solitarios. Dominan el difícil arte de tomar baños de soledad en la multitud. Se apoderan de una banca o de un prado que ofrece inmunidad diplomática: no podrían estar más solos en el paraíso.

La muerte del amor es la compañía.

El confesor, un amigo muy íntimo y afectuoso, un hijo inoportuno, les abren los ojos a los enamorados. El amor es ciego. El antídoto de la perogrullada es la paradoja: no hay soledad más profunda que la de una pareja.

El jardín es el salvavidas de los que naufragan en la soledad.

El niño y el viejo tienen por común denominador la soledad. La diferencia estriba en que el niño la acepta, como alimento desagradable que debe comer; y el viejo se resigna a ella, como a un mal ineludible. El niño camina al lado de la soledad con pasos de primer día de clase, el viejo se deja arrastrar por ella, como cántaro que ya ha ido muchas veces a la fuente. El jardín ofrece a ambos ilusión de compañía.

Defender la tradición rejuvenece. Despreocuparse es oponer una barrera al tiempo. La ilusión se conquista entre los niños. El abuelo mide la felicidad por el número de nietos.

El niño realiza sus primeros descubrimientos en el jardín. Cada hombre a su vez descubre el mundo, y a su tiempo aprende que debe perderlo. La escala del conocimiento es muy amplia pero mezquina. El niño observa con desilusión la fabulosa y frágil vida de las hormigas. Transportan cargas mucho más pesadas que ellas; pero no resisten la presión un sólo dedo del niño. Un huevo de Pascua vacío no lo entristecería más que la muerte inesperada del insecto. No hay nada tan inesperado y novedoso como la muerte.

El provinciano inadaptado recobra su pueblo en el jardín de la metrópoli.

(Pasa a la pág. 32)

LA PRINCESA MARTA BIBESCO

MARÍA DE CASTRES DE ITURBE me llevó a ver a su amiga la Princesa Marta Bibesco, en el saloncito que la gran escritora tiene sobre el Sena. Había otras personas, dos o tres señoras vestidas de admirantes y el editor de la princesa. Pero el personaje a quien más se le prestaba atención, era sin duda alguna, un lorito verde que tomaba té en la taza misma de la anfitriona. Una vieja sirvienta trajo galletas caseras. El perico revoloteó a su alrededor, picoteó las galletas y finalmente se acurrucó en el cuello de Marta Bibesco. Todas las señoras exclamaron: "¡Pero que bonito perico! Es igual al de su libro, Princesa", *Le Perroquet vert*".

Para llegar a obtener los favores de la Princesa había que obtener primero los favores del lorito, que sin condescendencia alguna no se fijaba más que en la chalina de encaje antiguo que cubría la cabeza de su ama. Todas las señoras llamaban al perico, que no les hacía caso hasta que de repente, y con sorpresa de todos, después de un vuelo de inspección por los aires, el perico se posó sobre mi cabeza encajándose sus garritas puntiagudas...

—¡Ay señorita, mi perico ya la quiso a usted! Hágame todas las preguntas que desee.

Y es así como empecé la entrevista. Como lo podrán ver los lectores Marta

Por Elena PONIATOWSKA

Bibesco es esencialmente eslava ya que sólo los rusos, los polacos, los yugoslavos pueden basarse en la intuición de un animal para determinar su propia confianza. Mi abuelita quiere a las gentes según las quieran sus perros. Si el perro, después de olfatear a una persona, la acepta, mi abuelita, la quiere también. Pero hablemos un poco de esta princesa del Danubio que era prima de la poetisa Anna de Noailles. En su libro "De una idea a la otra", mi abuelo, Andre Poniatowski dice: "Los libros antiguos o científicos que descifro, casi siempre con un lápiz en la mano, me procuran grandes alegrías, pero también profundas lasitudes; entonces, dejando todo el trabajo a un lado, cojo al azar uno de los libros de Marta Bibesco, porque no conozco texto más flúido y cautivador que el de esta Princesa danubiana. Anna de Noailles y Marta Bibesco eran primas. ¿Cómo explicar, en esta misma familia la eclosión simultánea de tales escritoras? Con los Maurocordato, que antiguamente reinaban en Mondavia, sus familias tenían ascendientes comunes. Cuando las dos primas se casaron, estos lazos se hallaron reforzados y peligrosamente unidos, ya que la estrechez del círculo familiar sólo podía

prestarse difícilmente a una tal superabundancia de bienes.

Las dos primas no se quisieron; Anna era agresiva y Marta se contentaba con fingir.

Las dos primas tenían ojos muy bellos. Los de Anna eran legendarios. Pero Marta oponía los suyos efectivamente soberbios; y como era menor que su prima las cosas se complicaban. Anna con su pañuelo extendido tomaba la medida de lo largo de los ojos de su joven prima. "No te muevas, Marta, tengo que darme cuenta." Luego corría hacia el espejo y llevaba la misma medida de los ojos de Marta hacia sus propios ojos. La resonancia de un taconazo sobre el tapete hacia comprender a Marta que había ganado la prueba por varios milímetros..."

Pero dejemos a un lado los pleitos entre Anna de Noailles y Marta Bibesco que mi abuelo describe en su libro. Quizá uno de los personajes más importantes que haya creado la escritora Bibesco, es Catherine Paris... "Catherine Paris", la niña que frecuentaba los museos del brazo de sus dos maestros, uno francés, el otro ruso, uno meticuloso, el otro aventurero... La niña que sabía de memoria todos los versos de Racine, que conocía todos los clásicos, el griego y el latín, los versos de François Villon, de Lamartine, de Ronsard... Nadie conoce París, como

SOCIOLOGIA DEL JARDIN

(Viene de la pág. 23)

Hasta puede hallar a la novia que perdió en un día de nublado y neurastenia.

Al jardín van a parar todos los números sin premio de la lotería, los crucigramas irresueltos, las interminables horas de espera de las novias olvidadas. El que pierde algo de seguro lo buscará en el jardín: los árboles florecen guantes impares, cada nudo de las ramas recuerda una cita a la que nunca se acude.

La amante ideal es el maniquí que se desnuda sin ofrecer resistencia ni compañía. Sólo el maniquí comprende al que se viste con sus mejores galas para el paseo solitario del jardín.

El jardín es la antesala de los suicidas que esperan la mayoría de edad de la muerte.

En el jardín público nace toda novela romántica, entre una y otra estación, mientras se aguarda que el jardinero enrolle al alfombra de las hojas muertas.

El jardín parece un andén en el que prospera el tibio clima de los adioses. Y sólo se aguarda la señal secreta de las aves migratorias para marchar con rumbo desconocido.

En el jardín se cometen crímenes atroces. No aparecen en el periódico gracias al desinterés del público hacia las hojas marchitas. Un crimen apasionante debe oler a tinta y sangre fresca.

Las hormigas celebran con un eterno peregrinar los funerales de la ilusión: el poeta escribe la página más marchita de la historia natural. La poesía es caediza como las hojas del otoño, pasa de moda con las estaciones.

El jardín es la cantera más sólida del recuerdo. Se olvidan rostros y palabras y la geometría del jardín perdura. La ciudad sin jardines tiende a desaparecer por asfixia lenta, por anemia del panorama.

Una ciudad no se rinde sin lucha. La última batalla la da en el jardín. El jardín es la morada de los héroes que mueren para que vivan sus estatuas, y de los que tienen el valor de enfrentarse a sí mismos en la soledad.



"toman el jardín como escaparate para exhibirse"

—Louis Faurer



"cántaro que ya ha ido muchas veces a la fuente"

—Kosti Ruohomaa



—Fred Plaut

"la ilusión se conquista entre los niños"